



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 4.

JUEVES 24 DE MARZO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

## SUMARIO.

EL MARTIR DEL GÓLGOTA, fragmento: la calle de la amargura, por don Enrique Perez Escrich.—LEYENDAS BÍBLICAS, Esther: por Augusto Jeréz Perchét.—DESESPERACION, por Cecilio Navarro.—ALGUNAS FIESTAS CLÁSICAS QUE CELEBRA LA IGLESIA.—LA SEMANA SANTA EN MADRID, por E. M. y E.—LA CRUZ DE CRISTO, (traducción), por Francisco Bartrina.—LA CONVERSION DE SAULO.—LA TEMPESTAD, por Luis Gonzaga.—HISTORIA DE UN SOMBRERO (contada por el mismo), por Pedro F. Rey-mundo.

### EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA (1).

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

(FRAGMENTO).

LA CALLE DE LA AMARGURA.

Como hemos dicho, cerca de la ciudadela Antonia se hallaba la cárcel.

Una mujer acurrucada en el quicio de su tétrica puerta, lloraba amargamente, con la cabeza oculta bajo los pliegues de su manto.

A su lado, de pie, triste, inmóvil, hallábase un jóven que llevaba una cítara colgada de la espalda.

Aquella mujer era Enoe, la egipcia; aquel jóven, Boanerges, su hijo, que esperaban la hora para ver á su protector el bandido Dímas.

Un líctor seguido de cuatro soldados se detuvo delante de la puerta de la cárcel.

Enoe levantó la cabeza.

Un carcelero salió al encuentro del líctor, y éste le presentó un trozo de papiro que decia:

«El carcelero entregará al líctor los dos bandidos Dímas y Gestas.»

—¡Ah! ¿Con que por fin les crucifican? preguntó el carcelero, dando vueltas al manajo de llaves que colgaba de su cintura.

—Cuando el sol se halle en la mitad de su carrera, serán enclavados en la cumbre del Gólgota.

(1) El señor Escrich nos ha honrado permitiéndonos la insercion en este número de un fragmento del precioso libro, cuyo titulo encabeza su escrito.

—Mas digno era de esa suerte Barr-Abbas que Dímas, repuso el carcelero.

—El pueblo lo quiere así.

—¿Muere tambien con ellos el Nazareno?

—Sí, entre dos ladrones, segun dice la sentencia.

Enoe, que habia escuchado absorta el anterior diálogo, viendo que los soldados se disponian á entrar en la cárcel, se puso en pie, y adelantándose hácia el líctor, le detuvo diciéndole:

—¿Pues qué, van á crucificar á Dímas? ¿Al hombre mas bueno de Israel?

Y como Enoe habia cogido maquinalmente con nerviosa mano el manto del líctor, éste, sin dar oidos á sus palabras, dijo á sus soldados:

—Apartad á esa mujer.

Enoe, rechazada por los soldados, cayó en brazos de su hijo.

Poco despues, Dímas y Gestas salian de la cárcel conducidos por los soldados.

Boanerges, al reconocer á su protector, cubrió el rostro de su madre con su pecho para que no le viera.

Dímas saludó á Boanerges enviándole una mirada de despedida.

Cuando los reos llegaron á la plaza, la muchedumbre los saludó con un alarido de gozo.

En medio de la plaza esperaban las afrentosas cruces á los reos.

Doce verdugos, soldados prófugos de las filas romanas, rodeaban los instrumentos del patibulo.

El pueblo, para no mancharse con su contacto, dejaba un espacio entre él y los sajones (1).

Jesus, sin embargo, se hallaba entre ellos.

Cual perros rabiosos, como carnívoras hienas, se arrojaron sobre el mansísimo Cordero,

(1) Parece que no cabe duda que los sacrificadores ó verdugos fueron cuatro, aunque se cree que el número de ayudantes escedia de doce. Pilato habia llevado á Jerusalem algunos calabreses para ejercer tan degradante profesion; pero los verdugos de Cristo fueron brucianos.

y arrancándole el manto de púrpura que poco antes habian colocado sobre sus santos hombros, le vistieron con su antiguo trage para que fuera reconocido de todos.

Como la sangre congelada estaba pegada al manto, renováronse por tercera vez las llagas.

Cada gemido de dolor que exhalaban los labios de Cristo, era recibido con una carcajada sacrílega, y el pueblo prorumpia en un aplauso estrepitoso.

Treinta soldados, capitaneados por Cayo Oppio, esperaban al pie de las gradas de la ciudadela Antonia el momento de partida.

Era la guardia de honor que debia acompañar al Gólgota á Jesus.

Los cuatro brucianos, los miserables desertores que, despues de abandonar las filas de los romanos, ejercian en castigo la degradante profesion de verdugos, hicieron la señal de que el Reo estaba vestido y dispuesto.

Entonces oyóse una trompeta, y luego una voz que dijo:

—Cúmplase la sentencia.

Esta voz era la de Longinos, que debia romper la marcha delante de cuatro soldados de á caballo.

Los calabreses, mas compasivos, colocaron las cruces sobre los hombros de los bandidos Dímas y Gestas, sosteniéndolas por los extremos para que no fuera su carga tan pesada. Pero los brucianos, miserables desalmados, colocaron el pesado leño sobre el hombro derecho de Jesus, diciendo:

—Tú, ya que eres Hijo de Dios, lleva solo la carga, y haz un milagro para que no te sea pesada.

Jesus habia derramado casi toda la sangre de su cuerpo.

Estaba débil, pálido, desfallecido.

Apenas podia tenerse en pie.

Al recibir sobre su amantísima espalda el pesado y afrentoso árbol, su cuerpo se dobló como la débil caña empujada por el soplo arrollador del huracan.

Los verdugos se rieron de aquella flaqueza.



El pueblo, viendo al Mártir dispuesto á emprender el camino del suplicio, se removió como un inmenso hormiguero, lanzando alaridos de gozo.

La comitiva emprendió el camino del Calvario al lúgubre son de las trompetas.

Longinos, seguido de cuatro soldados de á caballo, iba delante separando la gente con sus lanzas.

Después seguía un heraldo y dos trompetas.

El primero debía leer la sentencia en todas las bocacalles del tránsito.

Luego los soldados de á pie, pertrechados con todos los arreos de guerra, cascos, escudos, corazas y espadas.

Seguían á estos soldados los dos bandidos Dimas y Gestas con la cruz al hombro, y rodeados de los auxiliares de los verdugos, que les sostenían el pesado extremo del leño.

Luego caminaba, dejando un espacio, un joven lujosamente vestido á la romana, llevando una águila de oro bordada sobre el pecho.

Este joven llevaba en la mano un bastón bastante largo para que dominara la muchedumbre.

Al extremo del bastón veíase una tablilla de cedro con esta inscripción en samaritano, griego y latín:

JESUS DE NAZARETH, REY DE LOS JUDÍOS.

Detrás de este joven caminaba Jesús, rodeado de verdugos, con una áspera cuerda atada á su divina garganta y repitiendo en voz baja y con dulcísimo acento:

—*Perdonadles, Padre mio: no saben lo que se hacen.*

Un niño, hermoso como las alboradas de mayo, rubio como las espigas en agosto, risueño como el canto de la alondra, caminaba confundido entre los verdugos.

Este niño llevaba sobre sus débiles espaldas una espuerta con los clavos, martillos y tenazas, é iba cantando alegremente.

Jesús dirigía sus compasivos ojos hacia aquel inocente vástago cargado con los crueles instrumentos de su muerte.

El Nazareno, con la mano derecha procuraba aminorar el enorme peso del afrentoso leño, y con la izquierda alzaba su larga túnica para no tropezar con las duras y desiguales piedras de las calles.

Jesús no había comido ni bebido desde la cena del día anterior. Además, la sangre de su cuerpo había brotado con abundancia; la sed, la fiebre le devoraba; pero su Padre desde los cielos le prestó fuerzas para soportar tan fatigosa peregrinación.

Los pasos que distan desde el palacio de Pilato al monte Gólgota, un millón de veces han sido contados con religiosa escrupulosidad por los peregrinos cristianos que llenos de fe han acudido á Jerusalem desde todos los países del mundo á orar sobre el monte Calvario por Aquel que sufrió por la raza humana: son mil trescientos veinte y nueve pasos, ó sean tres mil trescientos tres pies.

La plebe, instada por los fariseos y sacerdotes, seguía á Jesús, aullando como lobos hambrientos, escupiendo su rostro y burlándose de su cruel agonía.

A los ochenta pasos Jesús tropezó con una piedra: faltáronle las fuerzas, y cayó por la vez primera.

La muchedumbre exhaló un grito de gozo.

La divina frente del Galileo había golpeado el duro pavimento de la calle.

Los sayones tiraron de las cuerdas para levantarlo: los soldados le dieron durísimos golpes con las astas de las lanzas para rehacer sus desfallecidas fuerzas.

Jesús se levantó fijando sus hermosos y dulces ojos en el cielo.

Sus divinos labios murmuraron una frase que nadie pudo comprender, y alrededor de su purísima frente apareció una aureola de resplandeciente luz.

—*¡Saludad al Rey de los judíos!* exclamó

uno de los sayones. ¿No veis cómo se levanta para mirar al pueblo, para dar las gracias al numeroso acompañamiento que le sigue al Calvario?

—Dinos, falso Profeta, exclamó otro hundiéndole la corona de espinas con el extremo de la lanza, porque con la caída se le había movido un poco de la sien; dínos cuándo caerá el templo; cuándo vendrán tus legiones de Angeles á defenderte. ¡Por Júpiter, que debe ser una gran batalla la que se dé entonces! Pelear con los hombres es muy vulgar; pero con los ángeles, ¡oh! eso ya varía. Solo le pido á los dioses del Olimpo que me concedan esa gloria. ¡Já! ¡Já! ¡Já!

Esta horrible carcajada fue repetida por la muchedumbre.

Jesús continuó su doloroso camino repitiendo en voz baja:

—*Perdonadlos, Padre mio: no saben lo que se hacen.*

Mientras tanto la virgen María había dicho á Juan:

—*¡Corramos al Calvario! ¡Quiero ver á mi Hijo!*

Las santas mujeres y el discípulo favorito de Jesús obedecieron á la Madre dolorosa.

María se colocó en la *via Sacra*, en un punto por donde iba á pasar su Hijo.

Allí cayó de rodillas. Magdalena, María Cleofás, María Salomé y Juan la rodearon.

En vano era querer consolar aquel corazón destrozado.

La gritería, el estruendo se iba aproximando.

Jesús había caminado sesenta pasos mas desde la primera caída, cuando halló á su Madre, que haciendo un esfuerzo sobrenatural se arrojó á los pies de su Hijo.

Algunos soldados pretendieron rechazarla con las lanzas.

La Virgen sufrió aquellos duros golpes sin apartar sus llorosos ojos de la triste imagen de su Jesús amado.

Entonces pasó una cosa horrible.

Un miserable verdugo, uno de esos brucianos elegidos por sus infamias para sacrificadores, tomó un puñado de clavos de la esportilla que llevaba el muchacho, y arrojándolos al rostro de María, la dijo:

—Galilea, toma; ahí tienes el presente de muerte que te hace tu Hijo, el Profeta de Nazareth.

Jesús quiso correr en socorro de su Madre. Pero ¡ay! los pies se le enredaron en el túnico, y segunda vez cayó al suelo, golpeando con su divina frente las duras piedras de la calle.

—*¡Hijo del alma mia!* exclamó la Virgen, con uno de esos gritos que solo pueden salir del corazón de una madre.

Jesús, sereno, aunque pálido y vacilante, dirigió una dolorosa mirada á su Madre, é incorporándose sobre una rodilla, la dijo:

—*¡Salud; Flor de amargura! ¡Salud, Estrella purísima de la mañana! ¡Salud, Madre mia!* dijo á su vez con dulcísima voz el Nazareno.

Pero antes que los labios de la Madre depositaran un amoroso beso en la frente dolorida de su Hijo, los feroces verdugos la separaron bruscamente.

María cayó desfallecida en brazos de Magdalena.

Juan cubría con su manto el cuerpo de aquella mártir.

La enamorada doncella de Mádalo dirigió una mirada llena de amor y amargura á Jesús, y la comitiva continuó su interrumpida marcha.

La muchedumbre rugía en derredor del mártir, dando gritos de—*¡Viva Barr-Abbas! ¡Muera el Galileo!*—Y Jesús, el mansísimo Cordero, el Amigo de los afligidos, el Redentor del hombre, caminaba agoviado bajo el peso del afrentoso leño, repitiendo en voz baja:

—*¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Cuántas veces quise congregar tus hijos, como la gallina*

*congrega sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!* (1).

Jesús había caminado la mitad de la dolorosa *via*, cuando se detuvo por tercera vez falto de aliento. Sus piernas flaqueaban; su angustiosa respiración hacia levantar de un modo fatigoso la tabla de su pecho.

Algunos pobres del arrabal de Ofel y algunas mujeres á quien la bondad y los milagros de Jesús habían curado sus dolencias, lloraban amargamente siguiendo los pasos del Mártir.

Estas lágrimas promovían la hilaridad entre los sayones.

Una carcajada mas estentórea, mas prolongada, mas sarcástica, dominó las risas de los verdugos.

Jesús levantó maquinalmente su hermosa y dolorida cabeza.

A pocos pasos del sitio en que se hallaba, veíase una casa, sobre cuya puerta estendía sus verdes ramas una frondosa parra.

Bajo este verde techo se hallaba un pozo, y encima del brocal un cántaro lleno de fresca y trasparente agua.

Junto á este pozo, subido de pie sobre un banco de piedra, veíase un hombre de elevada estatura y facciones provocativas y pronunciadas.

Aquel hombre era el que había soltado la terrible carcajada.

Llamábase Samuel Beli-Beth.

—¡Hossana al que viene en nombre del Dios invisible de Israel, exclamó Beli-Beth en tono de mofa, á morir por el hombre!... ¡Já! ¡Já! ¡Já! El Gólgota va á quedar honrado con tu suplicio. ¡Llorad hipócritas jerosolimitanas! ¡Llorad por el Mago, por el falso Profeta, por el Embaucador! ¡Já! ¡Já! ¡Já!

Y aquel miserable se reía como un condenado.

—¡Samuel, dijo Jesús, tengo sed! ¡Por caridad alárgame un poco de esa agua que contiene tu cántaro!

—¡Anda, falso Profeta! Mi pozo se secaría si tus malditos labios bebieran de su agua.

—Samuel, volvió á decir Jesús; permíteme por caridad que descanse un solo momento á la sombra de ese emparrado. No puedo con la fatiga: ¡deja que descansen unos instantes en el pozo de tu puerta!

—¡Anda, hechicero maldito; tu contacto marchitaria los verdes pámpanos de mi parra!

—¡Samuel, repitió Jesús; aun puedes salvarte! Ayúdame por caridad á llevar la cruz hasta el Gólgota. Su enorme peso me postra, y las fuerzas me abandonan.

—¡Já! ¡Já! ¡Já! exclamó Samuel. ¿No eres Hijo de Dios? ¿Pues entonces, por qué no llamas á los ángeles?... Anda, embaucador; anda, hechicero; anda, anda, anda; y empujó brutalmente á Jesús, que cayó por tercera vez á la puerta de aquel miserable judío sin caridad, sin corazón, sin clemencia.

Jesús se incorporó lentamente.

Colocóse el pesado leño sobre el hombro derecho; miró de un modo compasivo á Samuel, y dijo:

—Tú lo has dicho. Tú lo quieres. Te ofrecí el paraíso de mi padre, y me has dicho *anda*; quise darte el agua que aplaca la sed eterna, y me has dicho *anda*; te pedí un asiento para darte un trono en la mansión de los cielos, y me has dicho *anda*. ¡Pues bien, Samuel Beli-Beth, *yo luego descansaré; pero tú andarás sin cesar hasta que yo vuelva.* Los siglos venideros te llamarán el *Judío Errante*; tu paso no se detendrá nunca; serás inmortal, pero la inmortalidad será tu mayor castigo. Prepara tus sandalias; prepara tu cayado de viaje. ¡Infeliz! ¡Me has dicho *anda*; pero tú andarás hasta la consumación de los siglos! Anda, anda, Samuel Beli-Beth; maldito como tu patria, vagarás por el universo hasta el día del juicio final.

Samuel se pasó las manos por los ojos como si viera algo sobrenatural.

Una aureola de luz que apareció alrededor

(1) San Lucas, Cap. XIX.



de la frente del Nazareno, le había cegado.

Las piernas le flaquearon, y se vió precisado á sentarse en el poyo de la puerta para no caerse.

En este instante una mujer salió de la casa de en frente con un lienzo en la mano.

Era Serafia.

Acercóse al divino Galileo, cuyo rostro se hallaba bañado de sudor y sangre, y arrodillóse delante de Él, diciendo:

—Señor mío Jesús, permite que esta humilde pecadora limpie tu divino rostro con este lienzo tejido por sus manos.

Serafia limpió el sudor que inundaba el semblante de Jesús.

—Dios te lo pague, mujer caritativa, la dijo Jesús. Mira ahora lo que te dejo en el lienzo.

Serafia exhaló un grito de gozo.

Algunas mujeres la rodearon.

En el lienzo se había quedado impreso por tres partes el rostro del Mártir.

Cada una de las cruelísimas espinas de su corona despedía un rayo de luz.

Serafia estaba absorta.

Jesús, antes de continuar su camino, volvió á decir:

—Serafia, deja tu nombre y toma el de *Verónica*, pues que entre tus manos dejo mi verdadera imagen.

#### LA CRUZ.

Al mismo tiempo que el decurion Longinos salía por la puerta Judiciaria precediendo la comitiva de Jesús, un hombre llamado Simon, natural de Cirene, en Libia, é israelita de religión, entraba con sus dos hijos Alejandro y Rufo.

Simon venía del campo, y se arrimó por no ser atropellado.

Después entró en la ciudad.

Cayo Oppio, que durante la dolorosa *via* no apartaba los ojos de Jesús, viéndole desfallecer por instantes, se dirigió á uno de los soldados, y le dijo:

—Observa á Jesús: no puede con el enorme peso del leño. Los miserables fariseos se gozan en su horrible amargura, y el desgraciado vá á morir antes de llegar á la cumbre del Gólgota si una mano caritativa no le ayuda á llevar el peso de la cruz.

Entonces Cayo fijó sus ojos en Simon, y volvió á decir:

—Buen hombre, ayuda al Condenado.

Simon se resistió; pero Cayo, cogiendo un haz de leña que el Cirineo llevaba á las espaldas, y arrojándole lejos de sí, le dijo:

—Obedece al César.

Simon cargó sobre sus hombros el extremo de la cruz, temblando de miedo.

El Nazareno le envió una mirada compasiva.

Continuó la marcha, y cruzaron la puerta Judiciaria, por donde tantos reos habían salido á morir en el Gólgota.

Cruzaron el puente del Valle de los Cadáveres, y dejando á la izquierda el sepulcro de los Profetas, Jesús puso su divina planta en la pedregosa y estrecha senda que conduce al monte de las Calaveras.

Allí cayó por cuarta vez casi desmayado.

Simon dejó la cruz y corrió á levantar al Nazareno.

Un grupo de mujeres que esperaba al joven Maestro para verle pasar, viendo en tan doloroso estado al que seis días antes entró cubierto de flores y de bendiciones por un camino de rosas y palmas, se echaron á llorar.

Jesús levantó su frente, marchita por el dolor, manchada por la sangre, y las dijo:

—*Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre Mí! Llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos; porque presto vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron!*

Una senda estrecha y tortuosa, alfombrada de gruesas y duras piedras, conducía á la cumbre del Gólgota, desde el sitio en que las llorosas mujeres se arrodillaron á los pies de Jesús.

Este camino tendría apenas setenta pasos.

Jesús empleó cerca de un cuarto de hora en subirle.

Ya cerca de la cumbre, cayó por quinta vez.

Los verdugos, como se hallaba cerca el sitio del suplicio, le descargaron del peso de la cruz.

La comitiva rodeó la cima del Calvario, y los sayones se prepararon á ejercer su ignominioso oficio.

Cayo Oppio despidió á Simon, dándole las gracias; pero Simon pareció no haber oído la orden del romano, y permaneció enclavado junto al cuerpo desfallecido de Jesús.

—Véte, Simon, le dijo el Nazareno; que pronto nos veremos en el reino de mi Padre.

Simon se separó algunos pasos de Jesús. En sus ojos apareció una lágrima.

Algunos pasos mas arriba del sitio en que Jesús se despidió del hombre venturoso de Cirene, se hallaba la pequeña y pedregosa esplanada del Gólgota, á donde el Cordero de Dios debía ser sacrificado entre dos ladrones.

Los brucianos estenden la cruz en el suelo; los calabreses comienzan á abrir los agujeros.

Los dos ladrones esperaban también el momento de su martirio, pero de bien distinto modo.

Gestas, maldiciendo su suerte; Dímas con la mirada fija en el Nazareno, y esperándolo todo del Mesías.

Cuando los cuatro sayones tuvieron los clavos, los martillos y las cuerdas preparadas junto á la cruz, se dirigieron á Cristo, y cogiéndole bruscamente de un brazo le arrastraron hasta el sitio donde debía ser crucificado.

Jesús cayó sobre las duras piedras desfallecido.

En esta dolorosa posición, un bruciano que llevaba una cuerda en la mano, dijo á sus compañeros:

—Apartaos: dejad que le tome la medida á este Profeta que se deja crucificar como un imbécil, cuando podía convertirnos á todos en piedras.

El bruciano midió á Jesús, descargando sobre su divina boca un terrible puñetazo.

Después, á la misma medida, colocó la tablilla donde debían hacer punto de apoyo los pies.

Terminadas estas operaciones que el pueblo contemplaba con criminal interés, los verdugos comenzaron á desnudar á Jesús, rasgando la ropa, que se había pegado á la carne á causa de las mil heridas que cubrían el cuerpo del Mártir.

Cuando llegaron á la túnica *inconsutil* que había tejido la Santa Virgen por sus propias manos, y que, según la tradición, fué la única que llevó Jesús por espacio de treinta años, pues crecía con su cuerpo, uno de los verdugos dijo á sus compañeros:

—Creo que esta túnica no debemos rasgarla. Sería conveniente que la sacáramos toda entera: porque la podríamos vender á alguno de los fanáticos que creen que este hombre es el Mesías.

—Dices bien, *despellejémosle*, pues la tiene pegada al cuerpo.

Los verdugos ejecutaron lo que había indicado su compañero.

Las heridas de Jesús eran tantas, que el dolor que sufrió durante aquella operación fue cruelísimo.

Jesús entonces, completamente desnudo, ensangrentado, desfallecido, dirigió en derredor suyo los dolientes ojos, buscando una mirada de compasión, y solo encontró las horribles carcajadas de los feroces verdugos y las rechiflas miserables de la plebe.

De repente escucha un grito á sus espaldas; vuelve la cabeza; ve una Mujer que escala precipitadamente la cumbre del Gólgota seguida de dos mujeres y de un hombre; la reconoce: es su Madre, es María, es la Virgen dolorosa, que arrancándose el casto velo que cubre su virginal cabeza, corre á cubrir con él el destrozado y desnudo cuerpo de su

Hijo, lo sujeta á sus lomos, besa luego la pálida frente del Hijo de sus entrañas, sin que los sayones se opongan, porque el dolor de aquella Madre era inmenso, y dice:

—¡Sobre la afrentosa cumbre donde mueren los malhechores, sobre la tierra donde arrojan á los perros, desnudo, te hallo á Tí, Jesús mío!... ¿Qué daño hiciste Tú á los hombres, Lirio del valle, Flor de pureza, para que el hombre te maltrate de este modo (1)?

Los verdugos, repuestos del asombro que la presencia de la Madre desolada les había causado, colocaron á Jesús sobre el afrentoso madero.

Iban á enclavarle.

María lanzó un grito sin ejemplo viendo los clavos y el martillo en manos del verdugo.

Cristo, tendido sobre la cruz, envió una sonrisa de amor á su Madre.

Juan y Magdalena arrancaron de aquel sitio á María, conduciéndola á una cueva que se hallaba á pocos pasos de allí (2).

De pronto se oyó un ruido seco, desgarrador, espantoso. Era el sangriento clavo que horadando la carne, clavaba la mano derecha de Jesús en el vergonzoso madero.

Ante aquel sonido enmudecieron todas las gargantas; pero en medio de aquel universal silencio se escuchó un doloroso lamento que salía del fondo de la cueva.

Aquel grito de dolor brotaba del fondo del alma de la Madre de Jesús.

Cuatro veces cayó con fuerza sobre el duro clavo el terrible martillo, y su sonido, seco, aterrador, llegaba hasta el corazón de María, hiriéndola como la punta de un puñal.

La sangre saltaba al rostro del verdugo.

Jesús se agitó dolorosamente sobre el madero.

Entonces uno de los verdugos, que observaba con frialdad el espantoso martirio del Galileo, se puso de rodillas sobre el virginal pecho de Jesús.

—Ya está este brazo, dijo un bruciano limpiándose la sangre purísima de Jesús que había salpicado su rostro.

—Pues al otro, y acabemos.

Pero ¡ay! cuando los verdugos se apoderaron de la mano izquierda para clavarla, vieron que no llegaba al sitio donde estaban indicados los agujeros.

Entonces... ¡horrible pensamiento! ataron una cuerda á la muñeca de Jesús, y apoyando un pie sobre una piedra, tiraron brutalmente hasta el punto de dislocarle los hombros.

El pecho de Jesús se levantaba con una agitación espantosa, y el verdugo infame hundía con mas fuerza en él sus rodillas.

La mano izquierda fue clavada por fin.

Los clavos tenían nueve pulgadas, eran triangulares y de cabeza redonda. La punta ensangrentada salió por el otro lado de la cruz.

Faltaban los pies, y los colocaron sobre el punto de apoyo el uno sobre el otro.

Dos clavos esperaban la carne para horadarla.

Diez martillazos terminaron el horrible martirio (3). Jesús quedó enclavado, y fue levantado á la vista de las naciones.

(1) Hé aquí las palabras que la Virgen María revela mas tarde á San Anselmo: *Oye, Anselmo, de la manera que te refiero un hecho el mas lamentable y triste, y que ninguno de los evangelistas ha descrito: Habiendo llegado al lugar ignominiosísimo que se llama el Calvario, donde se arrojan los perros y otros cuerpos muertos, desnudaron ENTERAMENTE á mi Hijo Jesús de TODOS SUS VESTIDOS; y aunque Yo estaba casi exánime, me quité, sin embargo, mi velo de mi cabeza, corré á Él y se lo até á los lomos.*

Alfonso Tostado dice: que Jesucristo llevaba calzoncillos en la cruz, y que los soldados respetaron esta prenda de ropa; pero esta opinión no debe admitirse de ninguna manera. Nos atenemos, pues, á la revelación de la Virgen, arriba citada.

(2) Cerca del paraje en que los verdugos enclavaron en la cruz á Nuestro Señor, existe hoy una capilla dedicada á *Nuestra Señora de los Dolores*. Allí fue donde se retiró la Santa Virgen durante los sangrientos preparativos de su Hijo. —(ORSINI).

(3) Al consignar que Jesús fue crucificado con cuatro clavos, seguimos la opinión de San Gregorio, San Cipriano, Francisco de Toledo, Santa Brigida y otros. Aunque algunos padres de la Iglesia afirman que lo fue solo con tres.





La tempestad.



La crucifixion.

Entonces resonó un grito de entusiasmo alrededor del Gólgota.

Pilato había mandado poner una tablilla en la parte mas alta de la cruz con esta inscripcion:

JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS.

Caifás, que lo había presenciado todo rodeado de sus amigos y fariseos, apenas leyó

la inscripcion se acercó á Cayo Oppio y le dijo con descompuesto tono:

—Manda quitar esa tablilla, donde, segun parece, ese Condenado es nuestro Rey, y pon en su lugar: *Jesus de Nazareth, que se dice Rey de los judíos.*

Cayo envió una mirada desdeñosá al pontífice, y le dijo:

—El juez así lo ha mandado: así estará mientras no revoque su órden.

Tres sacerdotes partieron á desempeñar la comision.

Pilato se hallaba preocupado en su palacio.

Cuando le dijeron que tres sacerdotes querian hablarle, dió órden para que les dejasen entrar.



LEYENDAS BIBLICAS.—Esthé.

—¿Qué quereis? les dijo. ¿Venís á pedirme otra nueva barbarie? Acabad, decid pronto qué quereis.

—Queremos que mandes borrar de la tablilla que corona la cruz del falso Profeta, dijo uno de ellos, la inscripcion que tiene, y que

pongas en su lugar: *Jesus Nazareno, que se dice Rey de lo judíos.*

Pilato abarcó con una mirada altiva aquellos hombres, y les dijo:

—Lo escrito, escrito. Salid de mi casa, y no espereis que se mude ni una sola letra.

Mientras tanto, Jesus esclamaba con moribundo acento:

—Perdónalos, Padre mio: no saben lo que se hacen.

Algunos hombres de lo mas soez de la plebe que se había reunido con los verdugos, se



mofaban desapiadadamente del Hijo de David, que gemía por los hombres enclavado en el afrentoso leño.

—*Eh! Tú que destruyes el templo de Dios, le dijo uno, y en tres días le reedificas, sálvate á Ti mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.*

Y aquellos miserables se reían y mofaban del doloroso estado de Jesús.

Un fariseo, mirándole fijamente, le decía á su vez.

—Ved qué Profeta, que salva á todos y no puede salvarse á Él mismo.

—*¿No eres Rey de Israel? gritaba otro, pues baja de la cruz y creeré en Ti.*

El bandido Gestas, que se hallaba enclavado en la cruz á la izquierda del Galileo, volvió la cabeza para mirarle, y le dijo con despreciativo acento:

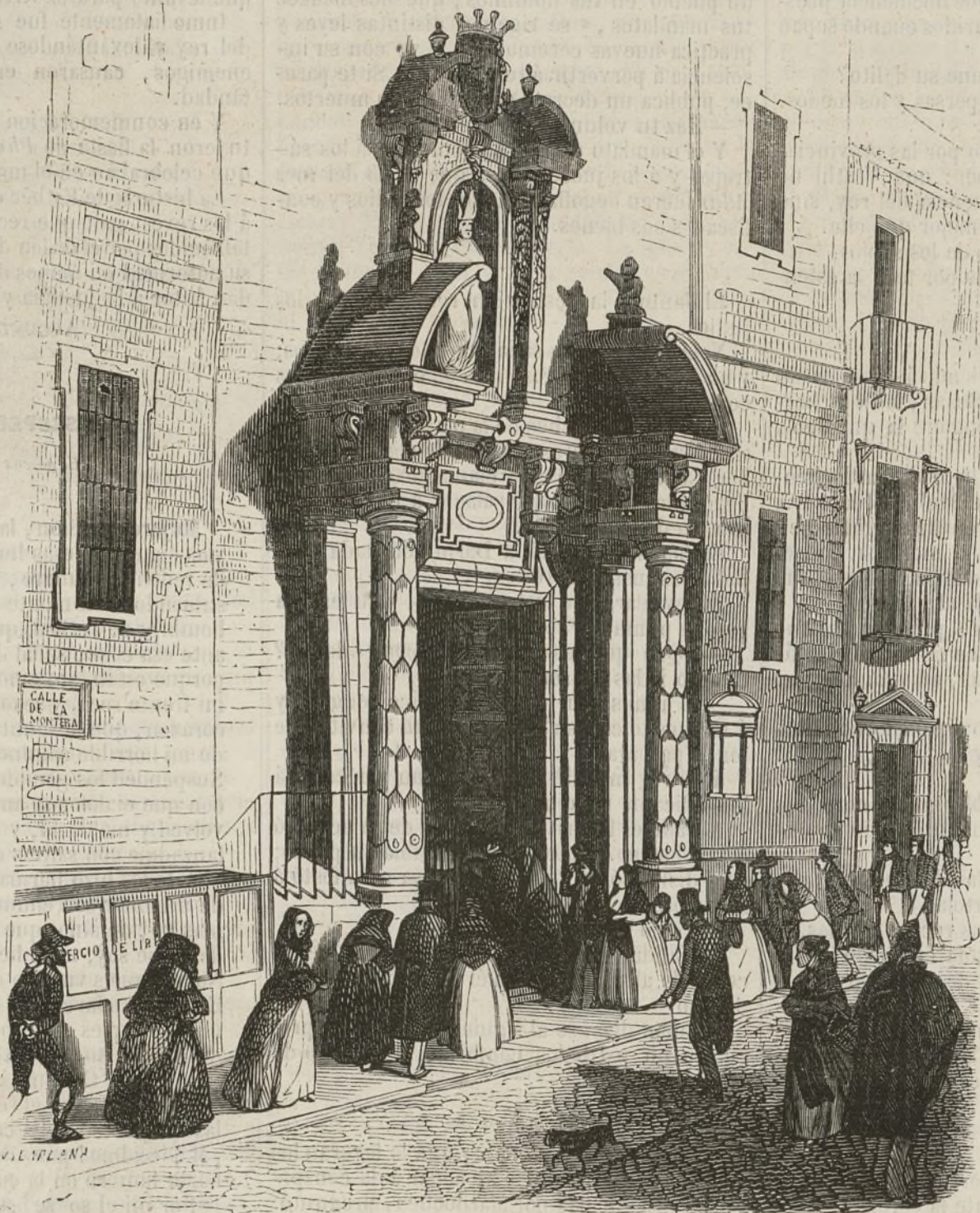
—*Si Tú eres el Cristo, sálvate á Ti mismo y á nosotros.*

—Gestas, exclamó Dímas con doloroso y

triste acento; no blasfemes, no dudes del poder de Dios. Regocíjate de la gloria que te cabe por morir al lado del Mesías verdadero. Nosotros, á la verdad, aquí estamos sufriendo la suerte afrentosa de la cruz con justicia, pues pagamos la pena que merecen nuestros delitos. Mas Jesús no ha hecho nunca daño á nadie.

Dímas volvió la cabeza hacia el Nazareno, y continuó:

—*Señor, acuérdate de mí cuando fuéres á tu reino.*



VISTAS DE MADRID.—Puerta de San Luis.

Entonces el Cristo dirigió una dulce mirada al bandido, que siendo niño le había prestado hospedaje, y que en la hora de su muerte le pedía con fervorosos labios el perdón de sus culpas, y le dijo:

—*En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso.*

Mientras tanto, al pie de la cruz había surgido una disputa.

Los miserables brucianos, los crueles verdugos que habían despojado á Jesús de sus vestiduras, habían sacado unos dados y estaban jugando la túnica inconsútil del Nazareno.

Uno de los dados, al salir del vaso, había caído en un hoyo formado por el hueco que dejaba una piedra.

El que había tirado quería repetir el juego, porque el dado presentaba, algo inclinada, la parte que solo tenía un punto, y por consiguiente, perdía.

Este incidente produjo una disputa entre los jugadores.

De las palabras se hallaron dispuestos á venir á las manos, y un centurion tuvo que intervenir en la reyerta.

El juego comenzó de nuevo.

Aquellos miserables, olvidando cuanto les rodeaba, se entregaron nuevamente con doble interés á ese vicio, que, como la lepra, se complacía en atormentar á los que la poseen.

La cólera de Dios rugía sobre sus cabezas; pero sus oídos estaban sordos á todo; sus ojos solo tenían luz para ver los dados; sus corazones solo latían por la codicia de la ganancia.

#### LEYENDAS BÍBLICAS.

ESTHER.

I.

Darío, hijo de Histaspes, reinaba sobre ciento veinte y siete provincias, desde la India hasta la Etiopía.

La fama de su nombre y de su gloria corría por los espacios de la tierra.

Tres años hacía que ocupó el trono, cuando dispuso en Susan, capital de su imperio, grandes fiestas á que asistieron los príncipes, los gobernadores y los mas ilustres de sus provincias.

El patio del alcázar real ofrecía el aspecto de una mansión fantástica.

Pendían, sostenidos en columnas de mármol, magníficos pabellones de color jacinto, blanco y celeste, recogidos por finos cordones de púrpura; y sobre el pavimento de losas de Paros escaqueadas con infinitas figuras, estendíanse cómodos lechos de oro y plata. Los esclavos escanciaban el vino en elegantes vajillas, y las viandas se servían en diferentes vajillas.

La música mas deliciosa recreaba los oídos, y embriagaban los sentidos suavísimos perfumes y lozanas flores traídas de remotos países.

Darío, ébrio y delirante, habla estas palabras á siete de sus eunucos.

—Decid á la reina Vasthi que se presente



á mi vista. Quiero admirarla en todo el esplendor de su hermosura y su grandeza.

Pero Vasthi respondió:

—Perdone mi rey. ¿Acaso desea hacer mafia de su sierva presentándola ante una multitud embriagada y loca?

Irritado el príncipe, preguntó á los sabios de su corte.

—Vasthi ha despreciado mis órdenes. ¿Qué castigo merece?

Y le contestaron

—La reina no solo ha ofendido á su esposo, sino á todos los pueblos. ¿Qué obediencia prestarán las mujeres á sus maridos cuando sepan la falta de tu esposa?

—¿Y ha de quedar impune su delito?

—No; sigue la ley de los persas y los medos.

—Haré como quereis.

—Salga, pues, un edicto por las provincias de tu reino, haciendo saber: que Vasthi no puede entrar mas á la presencia del rey, sino que admitirás otra esposa mejor que ella.

Y Darío siguió el consejo de los sabios.

Y su edicto fue publicado por toda la estension de su imperio.

## II.

Los ministros del rey, viendo á su señor sin esposa, mandaron venir á Susan, las mas hermosas doncellas para que eligiere la que debía ceñir la corona.

Habia en Susan un judío llamado Mardocheo, hijo de Jahir, de la raza de Saul, el cual vivia con su sobrina Esthér, jóven de singular belleza, que adoptó por hija al morir su padre.

Entre las vírgenes elegidas para el rey, fue contada Esthér y conducida al palacio.

Antes de ser presentadas al príncipe, se ungian las mujeres con óleo de mirra; perfumábanse con esquisitos aromas, ataviándose con cuantas galas pedian.

Esthér, sin embargo, no pidió adorno alguno. Vestida con sencillez y modestia, apareció ante la vista de Darío.

Su cabeza erguida y noble estaba coronada de abundantes cabellos, cual oro atado en canales.

Sus ojos, como centinelas despiertos.

Sus mejillas como de tórtola.

Sus dientes, como ovejas recién lavadas.

Sus labios, como granada en sazón, y el aliento de su boca, aliento de perfumero.

Su cuello, como torre de marfil.

Su paso, como el de la mañana.

Esthér, al acercarse á Darío, dobló en tierra la rodilla, y bajó los ojos con graciosa humildad.

Su belleza y su timidez sorprendieron al rey que le dijo:

—Levanta, mujer. Tú serás la elegida. Desde hoy colocaré en tu frente la corona de reina, y mañana sabrán mis pueblos quién es esposa de su señor.

## III.

Las bodas de Esthér se celebraron con regia solemnidad y público alborozo. Solo un hombre permaneció insensible á la universal alegría. Era Mardocheo. Aunque en el fondo de su alma participaba del placer que le causó la suerte de su sobrina, ocultaba bajo su exterior grave y humilde los sentimientos de su corazón.

A todas horas se le veía sentado bajo el pórtico del palacio real.

Su rostro agradable, su blanca barba, su mirada dulce y apacible, no podían menos de llamar la atención de cuantos pasaban junto á él.

Por entonces descubrió una conspiración que los eunucos Bagathan y Tharés habían tramado contra la vida del rey, y que anunció á su sobrina, con cuyo medio, averiguado el delito, fueron muertos los traidores y registrado su crimen en los anales del rey.

Darío había elevado sobre los príncipes de su pueblo á su favorito Aman. Todos los siervos del rey doblaban, por orden suya, la rodilla ante Aman, adorándole como á un Dios.

Pero Mardocheo nunca dobló su rodilla delante del favorito.

Y los criados del alcázar le dijeron:

—¿Por qué no cumples la orden del rey?

Y repetida sin éxito esta pregunta, le denunciaron al orgulloso Aman, quien irritado juró su muerte y la de todos los judíos que habia en el reino.

Y echadas suertes en una urna para saber en qué día y mes habian de ser esterminados, tocó en el mes duodécimo que se llama *Adar*.

—Señor, dijo el favorito al monarca. Hay un pueblo en tus dominios, que desobedece tus mandatos, y se rige por distintas leyes y practica nuevas ceremonias, y va con su insolencia á pervertir á tus vasallos. Si te parece, publica un decreto para que sean muertos.

—Haz tu voluntad; replica Darío.

Y el mandato del rey se comunica á los sátrapas y á los jueces, para que el 13 del mes *Adar* fueran degollados todos los judíos y confiscados sus bienes.

## IV.

El llanto y la desolacion reinaba entre los judíos.

Voces lastimeras salian de todos los labios; y un eco de agonía resonaba en el fondo de los corazones.

Sabedor Mardocheo de la perfidia de Aman, rasgó sus vestiduras; cubrió de ceniza su cabeza; ciñóse un cilicio y clamando en voz alta, llegó á las puertas del palacio á enterar á su sobrina de lo ocurrido.

Esthér se presentó á Darío adornada con todas las insignias reales.

El rey alargó su cetro de oro, y su esposa beso la punta del cetro.

—¿Qué quieres, Esthér? ¿Qué deseas? Cuanto pidas te será concedido.

—Si á mi señor place, le suplico venga hoy á mi cuarto con su favorito, á un convite que tengo preparado.

Y el rey mandó venir á Aman y accedió á la súplica de la reina.

Al salir el favorito á la puerta de palacio vió á Mardocheo. Sintió rugir de rabia su pecho; pero disimuló, y vuelto á su casa manifestó á su esposa su disgusto.

Ella dijo:

—Manda levantar un madero de cincuenta codos de altura y que en él sea ahorcado Mardocheo.

Y Aman dispuso al siguiente día que se preparase un patíbulo, conforme al consejo de su esposa.

## V.

Aquella noche hizo el rey que le leyeran los anales de su reinado, y al llegar á la conspiración descubierta por Mardocheo, preguntó:

—¿Qué premio ha recibido Mardocheo?

—Ninguno, señor; le respondieron sus ministros.

En aquel momento llegaba Aman y el rey le interrogó:

—¿Qué harías tú para honrar al mejor vasallo?

—Adornaría su cabeza con una diadema de oro, y cubriría sus hombros con un manto de púrpura; y subido sobre el mejor caballo del rey, llevadas las riendas por dos nobles de la corte, caminando por toda la ciudad, diría el primero de los príncipes: «Así es como el rey honra al que quiere que sea honrado por sus siervos.»

—Pues cuanto has dicho vas á hacer con Mardocheo.

Y el orgulloso Aman, confundido de cólera, fué á cumplir las órdenes del monarca.

## VI.

Y llegó la hora de asistir al convite de la reina.

Dos eunucos avisaron al favorito, que se sentó con los esposos.

—¿Qué petición es la tuya?—dijo Darío á Esthér.

—Si mis ruegos son oídos por tí concede la

vida á mi pueblo y á tu esclava. Porque ha sido decretada nuestra muerte y vamos á perecer. Hay un enemigo nuestro y su crueldad amenaza al rey.

—¿Quién es el infame? grita el príncipe indignado.

—El pérfido Aman.

—¡Miserable! morirá el falso que tiende asechanzas á su rey.

Y levantándose Darío llama á sus siervos y ordena el castigo de Aman.

Al día siguiente era colgado en el patíbulo que levantó para el virtuoso Mardocheo.

Inmediatamente fue revocada la sentencia del rey y levantándose los judíos contra tus enemigos, causaron en ellos grande mortandad.

Y en conmemoracion de esta victoria instituyeron la fiesta de *Phurin* ó de los Fuertes, que celebraban en el mes de *Adar*.

La historia de Esthér es una lección dirigida á los reyes, para que recordando que están establecidos por el orden del cielo, no entreguen su autoridad en manos de favoritos, que puedan faltar á la justicia y rectitud.

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

## DESESPERACION.

*Et abiens laqueo se suspendit.*  
(MATTH. 27—3.)

Mujeres de Sion, las que con llanto vais siguiendo esas huellas de redentora sangre, y vais por ellas subiendo á un monte santo; hombres de la Sion, que estais de hinojos ante esa cruz, señal de que abomino, porque están, sin amor, secos mis ojos, mi frente seca, y seco el diamantino corazón, que despunta los abrojos de mi horrible camino...

Suspended los gemidos y oraciones con que el dolor se amengua: volved y maldecid, y maldiciones lanzadme con salivas de la lengua.

A todos hizo hermanos el portento de un amor sobrehumano: mas yo, de amor que ni un latido siento, de nadie soy, ni nadie es ya mi hermano. No aplaqueis vuestro enojo.

Execrad todavía; que á los pies el despojo de Abel justo, y de Abel en sangre rojo, Cain, hasta Cain me execraria.

Yo soy, yo soy el réprobo en quien gimen las quejas todas del castigo eterno.

¡Maldecidme! pues no hay para mi crimen harta lumbre en la cumbre del infierno.

Por mí el sol se oscurece: por mí solo la tierra en roto polo

recruge; y cielo y tierra, todo en horrores por mi mal se cierra.

Y todo me maldice.

Y todo me rechaza... ¡Ay mí infelice!

¡Yo fui!... ¡yo fui!... ¡Protervo!

¿Ne veias la luz? ¿No oiste al Verbo?

enseñar, bendecir, curar de todas

las almas tristes que á su paso hallaba

las heridas y penas;

quebrantar las durísimas cadenas

de odio y de hierro de la tierra esclava;

pedir por todos donde quiera oraba;

tocar el polvo con la planta apenas?...

¡Era Dios!... ¡era Dios!... Y yo... ¡Maldito!

¡Réprobo! ¿Dónde, cómo

ocultar el delito, si el delito

en mí chorrea derretido plomo,

para que salga de mi queja al grito?

Y es voz desgarradora

que vibra y cunde y lo infinito alcanza;

y el eco la repite, y como ahora,

¡Réprobo! dice ¡no, no hay esperanza!

Quiero huir de los hombres.

Me asociaré á los brutos... No, los brutos,

al ver mi culpa sobre el rostro horrendo

y estos ojos enjutos,

¡Réprobo! me dirán, de horror huyendo.



¡A las aguas! ¡Al mar! Quien desespera en abismos de hiel su vida esconda.  
¡Réprobo! dirá el mar ¡Afuera!... y fuera me arrojará azotado por su onda.

Treparé de los montes á la cumbre, donde el rayo, cual rápida culebra, baja y se agita y quiebra en cien despojos de ceniza y lumbre.  
¡Mas no! No arderá el rayo en la alma fría que de maldad revienta y... ¡Réprobo! dirá de noche y día la voz de la tormenta.

A la hondonada bajo y en la hosquedad del bosque, allí me hundo, arrastrando mi cuerpo por debajo de ramas y hojas, cual reptil inmundo.  
¡No! ¡Pesiamí! ¡Tampoco! El huracán bravío rugiendo surgirá al resuello mío de sus cavernas huecas, y... ¡Réprobo! dirá, dejando á poco secas las ramas y las hojas secas.

Víboras venenosas que entre riscos amais mejor que yo, dando la muerte con baba de ponzoña en los mordiscos; víboras, acudid!... No; que os advierte la misma voz del infernal que grita corazón de odio lleno, que la sangre maldita con que se amasa el barro de mi seno, pudiera envenenar vuestro veneno.  
Rastreras ¡ay! vosotras, solamente la tierra envenenais; yo de codicia, de ingratitud y dolo alado reptil vuelo, beso un sol de justicia, el cielo beso... y enveneno el cielo.

¡Qué voz! ¡Su voz! ¡Escúchala, alma mía! ¡No retoña tu fe?... ¡No! ¡no retoña! ¡Sitió! dijo la voz; y mi alma impía tan solo tiene sed de mas ponzoña.

¡Y otra vez la voz llega! ¡Perdónalos! ha dicho... Y ¡no me nombra! sombra por esperanza se repliega dentro y fuera del alma, y dura y fría, se abraza á su esperanza que es la sombra.

¡Bien! Bástame una rama y el que ciño fuerte duro cordel á mi ropaje; cordel ¡ay! á que tengo mas cariño que al alma fiera que en el pecho traje. Un nudo... un lazo y... ¡Ea!

ya no mas me taladre el alma este latir... ¡Maldito sea el fruto que engendró quien fue mi padre, venenosa simiente de serpiente enroscada á otra serpiente!

¡Cierre ya el alma que nació conmigo su alas negras de tizon combusto! ¡Muere, maldita! ¡muere!... ¡Te castigo!

Ya no hay luz... ¡Ah! ¡Relámpago siniestro! ¡Luz!.. No, no quiero verla, no... me asusto... Aquel que abrió los brazos... es el Justo... ¡Consumatum est! dice... ¡es el Maestro!... y yo... en mi cruz tambien, cruz de mis dudas, yo, ¡Maldición! ¡Infierno! ¡Yo fui Judas!

Madrid y marzo 1864.

CECILIO NAVARRO.

#### ALGUNAS FIESTAS CLÁSICAS QUE

CELEBRA LA IGLESIA.—LA SEMANA SANTA EN MADRID.

La religion católica es la que encierra mayor número de ceremonias. Las fiestas se distinguen en movibles, medias y simples. Espondremos por su orden las mas clásicas del año.

La de Natividad para celebrar el nacimiento del Hijo de Dios en un establo.

La de la Purificación se celebra por medio de una procesion, en la que los concurrentes llevan una vela bendita, en memoria de la presentacion de Jesucristo en el templo y la purificación de la Virgen.

El miércoles de Ceniza fue instituido para recordar al hombre su principio y su fin por

las siguientes palabras que el sacerdote pronuncia despues de la misa. *Acuérdate hombre, que eres polvo y que te has de convertir en polvo.*

El domingo de Ramos recuerda la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem, y se solemniza con la bendicion de las palmas y olivas, que se reparten á los fieles y procesiones en recuerdo del camino que anduvo el Mesías.

En la Semana Santa, que sigue á este día, los oficios son mas largos, asi como la austeridad de los fieles; la multitud acude al templo llena de fervor y de recogimiento á rendir homenaje y veneracion al Dios, que por redimir nuestros pecados espiró enclavado en un madero como infame malhechor. Ya en el templo, oran religiosamente y religiosamente escuchan los Santos Oficios que si en las demás épocas del año se celebran por la mañana, en la semana actual se verifican por la noche, hora en que la tristeza invade con su oscuridad el cielo y los corazones, sin que las luces del templo basten á desvanecerla. La Iglesia, sabia siempre, y tal vez por sentir en su alma la impresion de aquella, dió á estas ceremonias el nombre de *Tinieblas*.

Cada pueblo de España, sin embargo, tiene su diferente manera de solemnizar estos días, y asi vemos que mientras en Toledo se manifiestan con mas pompas las procesiones, Madrid despliega toda su riqueza en la ornamentacion de los templos. Los que mas frecuentados se ven y mas galas ostentan en sus monumentos son los de San Francisco el Grande, San Isidro el Real, San Martin, San Sebastian y otros que no recordamos, entre los que merecen especial mencion la capilla de Palacio, San Antonio de los Portugueses, San Plácido, las Descalzas Reales, las Calatravas, los Italianos y San Luis, iglesia de la cual, tenemos el gusto de ofrecer un grabado á nuestros lectores.

Como íbamos diciendo, el Viernes Santo se distingue de los demás días de esta semana, por el recogimiento de los fieles y la imponente magestad de las oraciones. El oficio consiste en la Pasion cantada por el clero: nada mas solemne ni mas melancólico que el interior de los templos en esta época.

El domingo de Pascua nos recuerda en cambio la Resurreccion de Jesucristo y en ese día cesa nuestro dolor, al ver terminado el horrible drama de nuestra redencion.

E. M. y E.

#### LA CRUZ DE CRISTO.

(TRADUCCION.)

Almas impías que pasais la vida sin sombra de creencia en vuestra mente, la cruz de Cristo á meditar convida, que es símbolo de fe, de dichas fuente.

Fijad la vista en esa cruz sagrada donde el Justo exhaló su último aliento; donde la humanidad quedó salvada de su Criador con el suplicio cruento.

Nace el hombre, y la cruz es ya la guía que le ampara y protege desde el cielo, y al despedirse de este mundo un día tiene la cruz por último consuelo.

Lloró en ella Jesus con amargura, de dolores el pecho traspasado, y allí borró el mortal la mancha impura que de Eva le legara el cruel pecado.

Mortales, los que nunca la mirada habeis á vuestras almas dirigido, por mas que esté de espinas coronada, signo de redencion siempre ella ha sido.

¡Pobre del que sin fe se desespera buscando ciego la perdida calma!... la gloria solo es de aquel que espera firme el pie, alta la frente, limpia el alma.

Si es áspero el camino y la cruz dura mas pronto encontrarás la bienandanza: ¡camina en tu calvario, criatura!

lo que el hombre no puede ella lo alcanza.

Acudid á la cruz los que aquí en guerra os destruis cual tigres inhumanos, que ella es la hermosa llama de la tierra que á los hombres ha hecho siempre hermanos.

Ella salva del tiempo la inclemencia brillando pura cual lucero santo; un misterio de amor es su existencia, y de Dios pensamiento sacrosanto.

Inclínate á sus pies, débil criatura; la torpe frente hasta la tierra humilla que existe esta señal de muerte dura para extinguir del vicio la semilla.

¡Oh cruz inmaculada! yo te adoro y te miro y te observo sin temor: por tí la gracia del Señor imploro, símbolo santo del mas santo amor.

Tú consuelas al que, con fe sincera, en este mundo resignado gime; y, ora, le dices, llora y en mí espera, con lágrimas el hombre se redime.

¡Huid, almas sin fe, pompas paganas! ¿Qué podeis, responded, ante la cruz? Apartaos de mí, glorias mundanas, que de ella quiero recibir la luz.

Yo me acojo á tu sombra, cruz divina, objeto deseado de mi amor; tú un lirio me darás por cada espina que pise en el camino del dolor.

Imágen palpitante de pureza, de gloria graba en mí el sello profundo: ¡ven á mí, sol de amor y de grandeza! ¡huye de mí, vil gloria de este mundo!

Con súplica sincera y fervorosa, pediré al Padre Eterno cada día que me permita ver la cruz gloriosa en el trance fatal de mi agonía.

FRANCISCO BARTRINA.

#### LA CONVERSION DE SAULO.

*Saule, Saule, ¿quid me persequeris?*

Perseguía Saulo con encarnizado odio á los cristianos, cuando un día que cruzaba un camino acompañado de cuatro soldados que iban á caballo: como él, se vió de repente rodeado de una viva luz que le cegó y le obligó á caer en el suelo al pie de un árbol. Sus compañeros observaron tambien aquella claridad misteriosa, pero no oyeron una voz solemne que decia:

—*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*

Saulo oyó claramente estas palabras y aterrado, contestó:

—*¿Quién eres tú, Señor?*

—*Yo soy Jesus á quien tú persigues.*

—*¿Qué quieres que yo haga?*

—*Levántate; y entra en la ciudad, y allí te se dirá lo que te conviene hacer.*

Entonces sus compañeros le llevaron á Damasco cogido por la mano, y allí estuvo por espacio de tres días ciego sin comer ni beber.

Bautizado por Ananías que le devolvió la vista imponiéndole las manos, se declaró protector de los cristianos y predicó sus doctrinas. Contó al pueblo lo que le habia sucedido y escribió admirables epístolas que hacen conocer su talento privilegiado.

Mas tarde fue martirizado con azotes y otros tormentos, y la Iglesia colocó su nombre en el catálogo de los santos. Se conoce con el de Saulo ó Pablo, que es el mas popular.

#### LA TEMPESTAD.

Negra avanza la ruda tormenta  
se estingue la luz  
una nave en el mar se presenta  
y en ella Jesus.  
Al compás del rugiente oleaje  
rebrama aquilon





La conversion de Saulo.

y del trueno entre el pardo celaje  
retumba la voz.  
Fiero el rayo sus llamas difunde  
se encrespa la mar  
y la nave vacila y se hunde  
y hundiéndose vá.  
En Jesus, los discípulos fijos  
imploran favor  
y Jesus cual si fueran sus hijos  
les da proteccion.

Rompe el sol la tormenta y la bruma  
y el aura fugaz  
de la mar vá llevando la espuma  
La nave á besar.

¡Oh! Señor á la mar dejó en calma  
tu acento feliz,  
calma pues las tormentas del alma  
velando por mí.

LUIS GONZAGA.

## HISTORIA DE UN SOMBRERO.

(CONTADA POR ÉL MISMO.)

«Nací en casa de *Aimable*, el cual, como saben ustedes, es el sombrerero mas de moda, y por consiguiente el mas empingorotado sombrerero de la corte.

En union de otros compañeros del mismo pelo y varios gorros bordados, fui espuesto en un lujoso escaparate.

Cierto dia feliz, y digo feliz, porque ya me aburría en aquella prision de cristal, acertó á pasar por delante de nuestro receptáculo, un caballero con trazas de provinciano, que sin duda traía desde su pueblo la idea de comprar un sombrero á la *última*, á juzgar por la prisa que se dió á entrar en la sombrerería.

Efectivamente, no habian pasado tres minutos, cuando sentí que me agarraban, y ¡cuál no fue mi alegría al ver que iba á servir de ornamento á la cabeza del forastero!

Me ajustó, pagó mi rescate y salió á la calle muy ufano.

Paso por alto los pequeños incidentes que me ocurrieron en los primeros dias de mi libertad.

Durante ellos, fui tratado hasta con mimo. Mi nuevo amo me cepillaba con sumo interés y me guardaba en una sombrerera de carton que compró exclusivamente para mí.

Pero ¡ay! bien pronto dejé de ser objeto de tantos cuidados.

Desaseado por demás, mi dueño concluyó por no cepillarme ni guardarme, tratándome al fin con la mayor indiferencia. El polvo se cebaba tenazmente en mi ex-flamante copa, y gracias á mi excelente calidad, pude resistir á los relevantes efectos del sudor y de la pomada.

Entre tanto, mi propietario pretendia la plaza de registrador de hipotecas de su pueblo, para lo que habia venido á Madrid. En la tal pretension padecí lo que no es decible. Siempre á caza del director del ramo, se acostumbró á hacer tantas cortesías y saludos á escribientes, ordenanzas y porteros, que pronto me quebré por el ala de una manera harto visible. No paró aquí mi desventura, pues muchas veces cansado de esperar en antecámaras, se desesperaba de tal manera, que siempre estuve á punto de ser abollado por sus crispados dedos. Yo creo que no se atrevió á hacerlo por ser el número único y no tener... valor para reemplazarme.

Pasó así algun tiempo sin conseguir su anhelado registro. Durante él, disfruté ratos buenos y malos. Estuve en teatros, cafés, bailes y otras diversiones.

En una tertulia de confianza fue donde sufrí el primer bautismo de sangre, como suele decirse. Cierta noche estaba yo sobre una silla algo apartada de la reunion, cuando fué á sentarse en ella un muchacho de la casa. No debió reparar en mí, puesto que al hacerlo, me aplastó de tal manera que quedé hecho una tortilla. Mi amo me compuso como pudo, y

hasta llegó á pasarme varias veces con cariño su brazo por mis costados. Una de ellas, por desgracia, lo pasó al revés, poniéndome el pelo tan erizado, que daba lástima.

Estuve en su poder algun tiempo mas, en el cual sufrí continuos é innumerables percances.

Pero me estaba reservado aun el tormento mayor que debia acabar con mi asendereada existencia.

Un dia de marzo, por cierto de mucho viento, y en la Puerta del Sol, fui arrebatado de la cabeza de mi amo por una bocanada de aire y arrojado á los pies de unos caballos que arrastraban con velocidad un elegante carruaje. Entre las patas de los cuadrúpedos y las ruedas del vehículo, escuso decir que casi quedé triturado. Recogíome mi dueño como pudo, no sin haber sido durante la catástrofe y despues de ella, el blanco de la curiosidad de los transeuntes.

Este golpe fatal fue causa de que pasara á manos de un comprador de sombreros viejos que mediante ocho ó diez cuartos, adquirió sobre mí el derecho de propiedad. Estuve poco tiempo en su poder, pues me volvió á vender en union de otros inválidos compañeros á un fabricante de la calle de S..., que se aprovechó de nuestros restos para confeccionar sombreros nuevos. Yo quedé incólume, porque observando el *manufacturero* que descendia nada menos que de *Aimable*, me compuso y pulió de tal manera, que quedé otra vez como nuevo.

Hoy me acaba de exhibir en su escaparate, y segun le he oido hablar, no tardaré mucho en ser vendido. Cuando esto suceda, os prometo, queridos lectores, contaros la segunda parte de mi historia.»

PEDRO F. REYMUNDO.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen. En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.